

Al aparecer en la plaza la benemérita fué silbada.

Los estudiantes se replegaron en la Universidad.

Las tiendas de la plaza se cerraron todas.

La benemérita hizo tres detenciones, tomando las boca calles, evitando que se formasen grupos.

A las siete y media de la noche se ha repetido el tumulto.

En la plaza de la Universidad grupos de estudiantes comenzaron á levantar barricadas cantando *Los Segadores*.

La guardia civil dió varias cargas, despejándose la plaza, cerrándose las casas, comercios y cafés.

Restablecióse pronto el orden.

Hay varios detenidos.,,

Dato y "La Veu de Catalunya",—El periódico *La Veu*, en el cual tienen parte importante el obispo, el exministro Durán y Bas y otros *ministeriales*, y que se ha distinguido por su procaz campaña contra todo lo que es castellano, mejor dicho español, prodigaba tales ataques al Sr. Dato, que el gobernador se vió obligado á suspenderlo; pero por orden del mismo señor ministro levantó enseguida la suspensión.

Ya veremos pronto como pagó *La Veu* este favor.

Viaje del Sr. Dato.—En Manresa y Tarrasa.—

Como quiera que los telegramas dando cuenta de lo ocurrido en Cataluña llegaban completamente mutilados, dejamos la palabra al distinguido redactor del *Heraldo* don José Jerique, que, en funciones de corresponsal, acompañó al ministro en su viaje, y escribió después la siguiente carta, en la cual se narran sucesos que son á la vez un padrón de ignominia para los que lo llevaron á cabo, y un testimonio de la responsabilidad en que incurrieron los que (el Gobierno sobre todo) con sus promesas y sus debilidades incitaron las malas pasiones catalanistas y las dejaron tomar el incremento á que llegaron.

Véase lo que dice el corresponsal:

"No es posible formarse idea de los sucesos ocurridos en Manresa y Tarrasa con motivo de la visita que allí hizo el ministro de la Gobernación.

El lunes por la mañana abandonaron el Sr. Dato y las personas que le acompañaban el hermoso, pintoresco y recogido santuario de Monserrat, donde el prior de la comunidad religiosa evitó una manifestación catalanista que se había preparado con el intento de cantar *Els Segadors* dentro de la iglesia, á presencia del ministro, representante del Poder central, y en el preciso instante de alzar á Dios á los acordes de la Marcha Real.

No encontrando el terreno fácil para realizar sus propósitos, los catalanistas que precedían la comitiva oficial marcharon á Manresa, Tarrasa y Sabadell, pueblos designados de antemano para la visita del Sr. Dato.

Abandonóse Monistrol sin incidente alguno, y se llegó á Manresa después de las doce de la tarde.

En la estación hallábase el diputado á Cortes por el distrito, furibundo catalanista, Sr. Soler y March, que en el banquete dado aquella noche en el Ayuntamiento afirmó ante el ministro de la Gobernación las aspiraciones de los catalanistas en pro de la *nació catalana*.

Con el Sr. Soler se encontraban varios concejales del grupo á que él pertenece, dos socialistas, un republicano y un conservador.

Sabiéndose que el Sr. Dato proyectaba visitar las fábricas, solamente concurrió á la estación el fabricante señor Beltrán, también catalanista.

Hízose la entrada en la industriosa población con relativa tranquilidad, oyéndose de vez en cuando algunos silbidos que partían del interior de las casas y de algunos balcones.

El elemento obrero, que acababa de abandonar el trabajo para comer, presencié el paso del ministro con curiosidad; pero sin hacer manifestación alguna ni en pro ni en contra.

Terminada la recepción en el salón de actos del Ayuntamiento, salón donde fueron proclamadas en 1892 las famosas bases de Manresa que constituyen las aspiraciones de aquellas gentes de constituir la nacionalidad catalana, trasladóse el Sr. Dato al teléfono para conferenciar con Madrid, y después á casa del Sr. Soler y March, donde se hospedaba.

En el trayecto tuvo ocasión de oír nuevamente los silbidos y los vivas á Cataluña, sin que se escuchase una voz para vitorear á España.

Pero la verdadera manifestación de hostilidad pudo presenciarse frente al domicilio hospedaje del Sr. Dato.

Allí formaba un piquete de infantería de Alfonso XII, con bandera y música. Al iniciarse la Marcha Real, el público, que ocupaba la plaza del Olmo, prorrumpió en fuertes silbidos y en roncós gritos. Tal escándalo se produjo, que no se distinguían las notas de la Marcha Real, y al despejar los guardias municipales hubo un momento de confusión, carreras, gritos y silbidos, que se reprodujeron al retirarse el piquete con la bandera, emblema de la patria.

Esta fué en Manresa, realmente, la nota de verdadera tristeza. Allí se silbó á un ministro, se silbó la Marcha Real y se silbó la bandera española.

El comercio de Manresa hizo también una protesta; pero su protesta fué seria é imponente: cerró todas sus tiendas, para indicarle al ministro de la Gobernación que la Unión Nacional estaba en cuerpo y alma contra un Ministerio que en la oposición se sirvió de estas importantes fuerzas, para abandonarlas y perseguirlas después en el Poder.

El martes, á las ocho de la mañana, marchó el Sr. Dato á Tarrasa, despidiéndole en la estación de Manresa las mismas personas que le habían recibido á su llegada, pero sin que se le hiciera ninguna demostración de hostilidad.

En Tarrasa.—El suceso culminante se desarrolló en Tarrasa.

Ya tenía el Sr. Dato desde el día anterior informes poco satisfactorios sobre el estado de agitación pública en Tarrasa. Sin embargo, no quiso retroceder. Bien es verdad que los elementos oficiales de Tarrasa, los que manejan la política local y caciquista, le aseguraban que sería bien recibido.

Los temores que se tenían confirmáronse plenamente.

No hemos de entretenernos en narrar pequeños detalles que siempre fueron demostración de una hostilidad manifiesta al viaje del ministro de la Gobernación.

Pasaremos por alto lo de las silbas, repetidas con fre-

uencia y dirigidas al Sr. Dato, al alcalde de Tarrasa y á las personas que á aquél acompañaban. Pero si nos detendremos en narrar aquello que conceptuamos la nota esencial de esta triste odisea.

El Sr. Dato fué obsequiado en el hotel Peninsular, instalado en el mismo edificio del suntuoso Casino Egarense, con un banquete.

En la mesa sentábanse con él el capitán general de Cataluña; presidente de la Diputación provincial de Barcelona, Sr. Romeu; varios diputados provinciales; el alcalde de la localidad, Sr. Ventalló, y algunos concejales y personas afiliadas al partido conservador.

La comida se hizo en medio de una verdadera serenata de pitos, y á medida que avanzaba la hora oíanse desde el salón en que el banquete se celebró, aumentaba en la calle la agitación popular, revelada con gritos estridentes, fuertes y continuados silbidos y con algún que otro *visca Catalunya*.

No sólo se desarrollaba en la calle semejante manifestación de hostilidad y ruidosa protesta, sino que en la misma mesa en que se hallaban sentados el ministro de la Gobernación y el general Delgado Zulueta se producía el incidente que vamos á narrar:

Brindaba el alcalde en sentido de protesta contra lo que todos presenciábamos, y terminaba diciendo que Cataluña amaba á todas las provincias españolas y jamás, á pesar de los deseos de cuatro turbulentos y cuatro locos, se separaría de España.

Un comensal que se hallaba sentado en un extremo de la mesa, y que con verdadera ironía había ido glosando las palabras del orador, dijo entonces con voz bastante fuerte y en dialecto catalán:

—Me c... en España.

Varios comensales, entre ellos un ayudante del general Delgado Zulueta, el oficial que manda la fuerza benemérita de Tarrasa y el capitán de caballería redactor corresponsal de *La Correspondencia Militar* D. Julio Amado, protestaron enérgicamente de lo que acababan de oír, y exigieron rectificación inmediata de aquellas palabras.

Hubo un instante de indecisión.

En silencio desarrollábase el incidente, pues los que se hallaban sentados desde el centro de la mesa hasta el extremo opuesto de la misma no se hicieron cargo.

Por fortuna para todos, el que en un momento de extravío se había expresado en forma tan poco patriótica rectificó su frase, y al terminar la comida dió todo género de explicaciones, lamentando lo ocurrido y diciendo que no había tenido intención de mortificar á nadie ni á nada.

Por si esto no fuese un detalle suficiente para apreciar en toda su magnitud lo que aquel incidente significa, vino á sucederse otro que aun reviste más gravedad.

Como frente al edificio del Casino Egarense hallábanse los grupos en actitud verdaderamente tumultuaria, temíase en dicho Círculo un asalto al local. Una comisión de socios se presentó al alcalde, á tiempo que terminaba tan desagradable comida, diciendo:

—Damos á usted cinco minutos de plazo para que se desaloje el local, pues de lo contrario no respondemos de lo que aquí suceda.

No se perdió la serenidad en aquellos momentos.

Todo el mundo se dispuso á salir del local.

Rogóse al ministro y personas que le acompañaban que salieran por una puerta que daba á otra calle distinta de la en que se encontraban, formando grupos de amotinados, más de 2.500 personas.

El Sr. Dato se negó á ello y se hizo la salida.

El espectáculo que pudo presenciarse, fué en verdad, imponente.

Cuantos acompañaban al ministro, incluso los que lo hacíamos, periodistas de Madrid y Barcelona, por deberes profesionales, fueron horrorosamente silbados.

Aquella masa de gente estaba en un momento de excitación tan intensa, que parecía que se disponían á atacar a los forasteros y autoridades de Tarrasa que habían dado el banquete al ministro de la Gobernación.

Gritos desaforados salían de mil gargantas, y entre los gritos confundíanse los vivas y mueras y se mezclaban los silbidos de un modo ensordecedor.

De un pequeño grupo se lanzaron varias pedradas al

carruaje en que iba el ministro de la Gobernación, una de las cuales alcanzó en el tobillo izquierdo al marqués de Portago.

El trayecto que media entre el sitio donde se halla instalado el Casino Egarense y la estación férrea se hizo sin que cesase un solo instante la manifestación de hostilidad, antes por el contrario, fué ésta subiendo de tono.

Los carruajes eran perseguidos por los grupos con furiosos silbidos y vivas y mueras, y desde los balcones de las casas hacíase ruidoso coro á los amotinados.

En resumen: que salió de Tarrasa el Sr. Dato en un tren especial, siendo despedido éste con mayores manifestaciones de desagrado, nuevas pedradas y con *viscas á Catalunya lliure*.

Al pasar por Sabadell.—De Tarrasa á Sabadell hácese el trayecto por ferrocarril en unos veinte minutos.

Nadie supo, hasta minutos después de partir el tren especial, que el ministro de la Gobernación no se detendría en Sabadell.

Sin embargo, de Tarrasa salieron palomas mensajeras, llevando á Sabadell la noticia del cambio de plan.

Fué este cambio acertado, porque, dado el estado de cosas preparado en Sabadell, nadie puede suponer lo que allí hubiese podido ocurrir.

Baste con que se sepa que todos los obreros, más de 6.000, habían dejado el trabajo en las fábricas, y que los elementos catalanistas habían organizado una ruidosa manifestación de protesta, que seguramente hubiera dejado en mantillas á la de Tarrasa.

A la llegada á Barcelona nada ocurrió, pues apenas si había habido tiempo de que se enterasen de la hora en que llegaba el Sr. Dato.

En Barcelona—Nada de extraordinario ocurrió ayer en Barcelona, fuera de lo ya teleografiado, dijeron los corresponsales.

La manifestación que una parte de la buena sociedad barcelonesa hizo ayer tarde al Sr. Dato en el Hipódromo, no pudo ser compensación á tantas amargas por que ha pasado.

Allí fué aplaudido por señoras y obsequiado con ramos

de flores; pero á su regreso á la Capitania general tuvo ocasión de oír silbidos.

Varios de éstos los lanzó un joven elegantísimo, que iba guiando un hermoso tronco de caballos.

El laureado escultor Sr. Querol, catalán de nacimiento, que iba en carruaje inmediato al del que protestaba del paso del Sr. Dato con silbidos, obsequió al protestante con varios palos, que quedaron sin contestar.

Más tarde, en la estación de Francia, al arrancar el tren que conducía al ministro de la Gobernación, tuvo también el Sr. Querol que dar fuertes estacazos á un sujeto que silbaba,

La conducta del Sr. Querol fué muy elogiada.

Camino de Madrid.—En Reus—En ninguna de las estaciones que hay entre Barcelona y Reus ocurrió nada que sea digno de mención.

Deslizóse tranquilamente el tiempo hasta llegar á Reus.

Entró en agujas el expreso, y antes de parar oyéronse fuertes silbidos y vivas á Cataluña, que partían de un grupo mayor de 500 personas que, confundido por la obscuridad de la noche, encontrábase apostado detrás de una barrera situada á la derecha de la estación.

El ministro de la Gobernación con los señores marqués de Portago, conde de San Simón y demás personas que le acompañaban, dirigióse hacia aquel sitio, y á su presencia y ante alguna intimación de dos parejas de la Guardia civil, se dispersaron.

En el centro del andén había otro grupo de unas 30 personas, á cuyo frente estaba el alcalde de Reus, Sr. Font de Rubinat, exaltado catalanista, que en el viaje de ida del Sr. Dato á Barcelona habíale acompañado hasta la estación de San Vicente.

Comentábase entre las personas que iban con el señor Dato la forma en que se realizaban todas las manifestaciones de desagrado, y como el marqués de Portago emplease un duro adjetivo, interrumpióle el Sr. Font de Rubinat diciendo:

—Esas manifestaciones de protesta no van dirigidas contra D. Eduardo Dato como ministro, ni como caballero... Aquí somos, incluso yo, catalanistas...

—Entonces—replicó el marqués de Portago—protesto como diputado de la nación española de la forma é intención de estas manifestaciones.

Entre las personas que estaban con el alcalde de Reus hubo intención de protestar; pero anticipándose dicha autoridad, dijo:

—Aquí no reconozco más autoridad que la del ministro y la del gobernador de la provincia, y no permito que nadie más emita juicios ofensivos para Reus.

Los del grupo aplaudieron ruidosamente, gritando:

—¡Viva nuestro alcalde! ¡Viva Reus!

La prudencia por parte del marqués de Portago evitó un verdadero conflicto.

Algunos viajeros del expreso, especialmente varias señoras, aplaudieron al Sr. Dato, protestando de la manifiestación de desagrado de que había sido objeto.

Al salir el tren se repitieron la silba y los vivas á Cataluña.

Cuando se entraba ya en la provincia de Zaragoza y se veían las mansas aguas del Ebro, hubo excursionista que dijo con satisfacción:

—¡Gracias á Dios que ya entramos en España.,,

Esta fué la odisea tristísima del Sr. Dato, quien se prestó á ir á Cataluña, como vulgarmente se dice, *á tentar el vado*, haciendo de víctima propiciatoria del Gobierno.

El Sr. Dato demostró en este viaje que es hombre de un valor y de una sangre fría á toda prueba, esto no se le puede negar; pero también demostró después, como se verá en su fecha oportuna, con motivo de más peticiones de los catalanistas, que en su afán de ser hábil, contempORIZADOR y hombre de gobierno, olvida demasiado y demasiado pronto cierta clase de ofensas; corresponde benévolamente á la sonrisa falsa de los labios que le silbaron y llenaron de injurias á la patria, y estrecha con afecto la mano que, si no arrojó las piedras que contra él lanzaron, por lo menos hizo la señal para que otros las arrojaran.

Esto le fué muy censurado por todo el mundo al señor Dato, máxime que siendo del dominio público que dicho señor no es hombre que sufre de nadie la menor ofensa.

ni la más mínima falta de consideración, no ha debido olvidar—decían—tan pronto las ofensas que en su persona como ministro hicieron á la patria.

«Los hombres de todos los partidos—dijo *El Imparcial*—protestan con enérgica indignación contra el atropello que, los elementos catalanistas vienen llevando á cabo, de la ley y de los deberes de hospitalidad; pero censuraban también la infeliz ocurrencia del Sr. Dato al emprender un viaje cuyos riesgos y peligros todo el mundo veía, y que ha puesto al Gobierno en un trance difícil.

El Sr. Dato ha ido á Cataluña invitado por varias sociedades obreras; pero estas tales no aparecen por ninguna parte, y el ministro se ve entregado á las iras del catalanismo.

El arresto personal de que hace gala no puede menos de ser simpático á todos; pero con él no se libra al Gobierno de nuevas complicaciones de difícil solución.»

El Imparcial tenía razón. El Sr. Dato, que con su reformas sociales había favorecido mucho á la clase obrera, fué á Barcelona, si no invitado por los obreros de algunas sociedades (que creemos que sí, pues á eso vino á Madrid el Sr. Fontanals, presidente de la Asociación de las Tres clases de vapor, que cuenta más de 60.000 obreros) si no invitado, repetimos, por lo menos con la promesa de un cariñoso recibimiento por parte de los favorecidos; pero entre la visita y el viaje pasó el 1.º de Mayo, y en un meeting obrero de Barcelona fué silbado el Sr. Fontanals al querer hablar, de donde resultó que, la influencia con que éste contaba se desvaneció como el humo.

Tampoco tuvo esto en cuenta el Sr. Dato.

DÍA 8.—Un artículo de «El Liberal».—Se titulaba *Se ha acabado el Gobierno*, y decía así:

“No es ceguedad ni locura, sino calificada simpleza, el imaginar á estas horas que tiene razón y que puede seguir viviendo un Gobierno dejado de la mano de Dios, y contra el cual se ha revuelto toda España.

Cree uno soñar ó estar de visita en una casa de salud cuando oye ó lee semejantes proposiciones.

Reina el desorden en Cataluña, surgen en la provincia de Valencia las dos especies de indisciplina más peligrosas para el Estado, va á haber mañana de un extremo á otro de la nación un cierre, ó, mejor todavía, un paro como jamás se había visto; llegan de los cuatro ángulos del horizonte rumores y estallidos que anuncian un general desquiciamiento, y no falta, sin embargo, quien dice que los únicos que no yerran, los únicos que se hallan en lo firme y los únicos que interpretan el sentimiento de la nación son los siete ú ocho individuos constituidos en ministerio responsable.»

Todo el mundo creía, en efecto, que el Gobierno no salía del mes de Mayo.

Un artículo de «El Globo».—Se titulaba *Ayer y hoy. Manifestaciones en Barcelona en Mayo de 1888 y en Mayo de 1900*, y decía entre otras cosas:

“Permitasenos, como prueba de las hondas transformaciones á que asistimos, recordar lo que sucedía en Barcelona en Mayo de 1888, formando Gobierno el Sr. Sagasta, y lo que ocurre á la sazón, cuando en la cumbre del Poder, y para desventura de todo y de todos, se halla el Sr. Silvela.

En Mayo de 1888 Barcelona ardía en fiestas; nuestra augusta Soberana era recibida en la ciudad condal con entusiasmo frenético; el pueblo saludaba á la Reina con vítores y aclamaciones; todas las potencias adheríanse al júbilo barcelonés, atronando los espacios con las salvas hechas por los cañones de sus barcos, y el jefe del Gobierno, encarnación de las ideas liberales, recibía los agasajos merecidos por su historia y los homenajes propios de su representación.

En Mayo de 1900 arde Barcelona en tumultos; las autoridades dejan discutir si puede ó no tocarse la Marcha Real, y hasta muéstranse como regocijadas de haber conseguido que resonara alguna vez el himno; no se oyen salvas, pero suenan tiros; las multitudes no aclaman, pero gritan desforadamente en calles y en plazas; frente á la